

presentes en el estilo de la autora. *Bonum, si brevis, bis bonum*. En pocas páginas, el lector puede ser introducido con fruición y eficacia, sin necesidad de compartimentar ámbitos, en el mundo de las tradiciones patrísticas y en la cuestiones dogmáticas en torno a la relación Cristo-Espíritu, a la vez que cae en la cuenta de que los Misterios en carne de la vida de Cristo han sido vividos por Él «por nosotros y por nuestra salvación». ANDRÉS SÁEZ GUTIÉRREZ.

GARCÍA DOMÍNGUEZ, SJ, Luis María, *Las afecciones desordenadas. Influjo del subconsciente en la vida espiritual*, Mensajero-Sal Terrae-Universidad Pontificia Comillas, «Manresa nº 10», Bilbao-Santander-Madrid 2015, 326 pp. ISBN: 978-84-271-3706-6.

No es habitual recensionar segundas ediciones de un libro. La de *Las afecciones desordenadas* –que mantiene título y subtítulo– se presenta, 23 años después «revisada y aumentada», con casi el doble de páginas que en 1992. ¿Qué cambia? Con razón, el autor indica que ahora la redacción es «más existencial» (p. 21), esto es, más pasada por la vida, los casos tratados, las entrevistas mantenidas, los diagnósticos emitidos. Ya había ejemplos de casos y muestras de textos ignacianos entonces, pero ahora han aumentado. El capítulo 8, «Ordenar la afeción» es nuevo, así como cierta bibliografía en varias lenguas y más índices bien útiles como apéndices.

Aunque acabamos de hablar de «casos» y de «diagnósticos», una de las características de estas afecciones desordenadas es que no son patológicas. Cualquiera que quiera seguir a Cristo, especialmente en lo que los *Ejercicios espirituales* de san Ignacio entienden por «Segunda Semana» (con cierta equivalencia con la «vía iluminativa» o la etapa de seguimiento), las tiene, las experimenta en sí –sobre todo cuando está comprometido en algún tipo de elección o toma de decisión importante en su vida precedida de un discernimiento– y las cree constatar en otros que viven situaciones semejantes. Ciertamente es un concepto central en el itinerario ignaciano, aplicable a cualquier persona en el seguimiento de Jesucristo formulado de un modo u otro.

De las dos partes de que consta la obra, es al final de la primera cuando se nos da una descripción de la afeción desordenada, que se ha ido preparando antes: no es una patología, no es pecado, no es periférica sino central, proclama valores evangélicos, alude a un objeto bueno o indiferente en sí, tiene carácter afectivo y apunta a dos fines: un valor evangélico (consciente) y una necesidad psíquica disonante subconsciente que se desea satisfacer. O, si se prefiere, valga esta definición: «una atracción sentida hacia un objeto indiferente o bueno que impide la elección y la realización de algo mejor, sin que el sujeto sea consciente de ello» (p. 167).

A esta descripción, el autor, psicólogo y teólogo especializado en Espiritualidad, llega poco a poco, utilizando conceptos de ambos ámbitos. Su herramienta

psicológica es la «antropología de la vocación cristiana» y la «teoría de la auto-trascendencia en la consistencia» definidas por el jesuita Luigi M. Rulla, antiguo profesor en la Universidad Gregoriana de Roma. La herramienta teológica es la espiritualidad ignaciana, la propia de la colección «Manresa» donde aparece el libro. Con el rigor que precisa un trabajo interdisciplinar, aplica la primera a la segunda. Esto lo hace muy pegado a los textos y términos que va definiendo y cuyo alcance va delimitando. Es posible que quien no esté habituado al vocabulario de esta corriente psicológica necesite, en el capítulo segundo, ir lentamente, e incluso eche de menos en algún momento un glosario que le asegure la recta comprensión de la palabra o idea utilizada. También quizá expertos en psicología, desde otras perspectivas, podrían cuestionar el uso de tal o cual concepto, pero es legítimo servirse de los propios de esta visión, que ha resultado especialmente válida en el tratamiento de la vocación cristiana, con miles de situaciones analizadas en las últimas décadas en variadas partes del mundo por los discípulos de Rulla.

La primera parte del trabajo desbroza el terreno definiendo uno y otro término, y por eso parece más teórica. Así, se pasa revista a las claves ignacianas, a las antropológicas, a elementos de antropología que se encuentran en la espiritualidad ignaciana como es el «desorden» –hay un desorden del pecado, un desorden psíquico y uno del bien aparente, siendo este último el terreno de las afecciones desordenadas–, y a la afección desordenada, cuya descripción viene preparada por aportaciones de autores de la tradición espiritual antigua y cercana a san Ignacio, además de la interpretación posterior de especialistas en los Ejercicios espirituales.

La segunda parte de la obra no es solo práctica y pastoral, como se anuncia, ya que de vez en cuando vuelve a definiciones teóricas ya vistas en la primera. Está centrada en el discernimiento de la afección, que se lleva a cabo siguiendo el recorrido de la propia afección desordenada. Así, cada capítulo estudia su comienzo (bueno), su final (malo) y su «medio» (donde se detecta el desorden). Casos verosímiles, así como esquemas prácticos de ayuda al discernimiento, ayudan a comprenderlo mejor, especialmente a quienes no tengan mucha experiencia práctica del tratamiento de la afección. Como se ve, el meollo de la cuestión se encuentra en el «medio», porque el desorden que llevará a algo malo, que es algo afectivo, está oculto. Ahí se nos recuerda que la afección desordenada es más resistente al cambio que el pecado, y que procesos afectivos inconscientes impiden a quien tiene la afección desordenada reconocer sus motivaciones reales y los fines de sus acciones (p. 253). Aquí es donde ha de ser desenmascarada.

El interesante capítulo octavo se titula «Ordenar la afección». Porque san Ignacio no busca –ni puede– quitar todas las afecciones desordenadas, sino ordenar las que actúen como motivación central de la elección del individuo. El autor proporciona pistas de cómo ayudar a esto, tanto de parte de la persona implicada como de su acompañante. Finalmente, en unas «Conclusiones», recoge en varias afirmaciones lo principal del contenido, apuntando pistas para un

trabajo futuro. Con razón, alude a diversos ámbitos dentro y fuera del mundo eclesial en los que resulta muy útil aplicar estas enseñanzas sobre las afecciones desordenadas.

García Domínguez, que conoce bien este terreno por varias de sus publicaciones (*La entrevista en los Ejercicios espirituales, El libro del discípulo. El acompañamiento espiritual*), ha rehecho su estudio sobre las afecciones desordenadas con la ayuda de su trabajo teórico y práctico en el Instituto Universitario de Espiritualidad de la Universidad Pontificia Comillas y en la «Escuela de formadores» de Salamanca, dependiente de esta misma universidad. Ayudará principalmente a quienes se ocupen de acompañar a otras personas en su camino vocacional –consagrado, laical, ministerial–, tanto dentro de la práctica de los Ejercicios ignacianos como no. Pero, además, servirá para detectar estos tipos de desorden en otros procesos individuales e incluso colectivos, observando el modo de funcionamiento llevado a cabo ante decisiones que se adopten. La sospecha ante el engaño propio o ajeno y la lucidez para afrontarlo iluminarán en situaciones cotidianas de ámbitos muy variados. Y, dentro del teológico y espiritual, esta obra contribuirá a afinar más toda la teoría y práctica del discernimiento de espíritus. PASCUAL CEBOLLADA, SJ.

MARIANNE SCHLOSSER, *Erhebung des Herzens. Theologie des Gebetes* (Kompendium. Theologie der Spiritualität Band 2), EOS Verlag, Sankt Ottilien 2015, 286 pp. ISBN: 978-3-8306-7717-8.

La profesora Marianne Schlosser es catedrática de teología espiritual en la Facultad de Teología de la Universidad de Viena. En este volumen de teología de la espiritualidad, primero en aparecer, pero segundo en cuanto al orden sistemático (el primero versará sobre los fundamentos de la teología espiritual: fe, esperanza y caridad, así como las vocaciones y carismas en la Iglesia), nos ofrece un manual de introducción a la teología de la oración personal, como apoyo a la docencia, surgido de la práctica de la enseñanza. Entendido como «compendio» ofrece las líneas fundamentales del tema y una panorámica general, acompañada de breves y escogidas referencias bibliográficas, actuales y de la tradición. En su tratamiento deja de lado la liturgia y los sacramentos, centrándose especialmente en la oración personal del cristiano, sin dejar de lado alusiones pertinentes a la dimensión y la expresión comunitaria de la misma, especialmente en la liturgia de las horas, si bien no se trata de modo específico.

Después del prólogo (7-8) y el índice general (9-14), la introducción (15-23) proporciona una primera comprensión de la oración cristiana, entendida básicamente como «elevación de los corazones (mentes) a Dios» (San Agustín; San Juan Damasceno), su relación con la fe, la revelación, Dios. Se introducen valiosas aclaraciones desde la etimología de la palabra «oración» en: alemán, latín, griego y hebreo.